

Presentación



Roberto Guerrero del R.
Rector de la Universidad Finis Terrae

El tema que aborda el presente número de Finisterrae me parece de singular importancia, por cuanto se refiere a una de las actividades que permiten comprender el desarrollo de las sociedades humanas. Incluso, contribuye en la actualidad a diferenciarlas y hasta distinguir, en cada sociedad, una multiplicidad de acciones que realizan las personas conforme a sus capacidades e intereses. Me refiero al TRABAJO. Una manifestación que acompaña la historia del hombre.

De hecho, no siempre éste se entendió de la forma como lo concebimos hoy. La condena impuesta a Adán y Eva les obliga “trabajar” y desde entonces la tradición judeo-cristiana consideró el trabajo productivo como un sacrificio o carga, vinculado con la idea de que el hombre está obligado a mantenerse en términos materiales y la mujer a multiplicar la especie con sufrimiento. A su vez, en toda la Antigüedad hasta bien entrada la llamada Edad Media, se entendió el trabajo como una ejecución propia de los esclavos, no de los hombres libres, al punto que en todo el mundo

griego y latino no hay palabras que permitan designar esta actividad, significando un proceso mediante el cual el ser humano es capaz de transformar la naturaleza o la materia en algo nuevo, obteniendo un resultado que mentalmente había sido imaginado en forma previa.

Conste que la palabra trabajo proviene del vocablo latino "Tripalium" –cepo formado por tres palos cruzados donde se azotaba a los esclavos–, del cual derivó "Tripaliare" –torturado – y luego "Trebajo" – sacrificio –, hasta llegar a "Trabajo". Se utilizaron en esa época ciertamente otras palabras que permitían calificar situaciones que asociamos en nuestro tiempo a trabajo. Por ejemplo, "labor": acción propia de los campesinos que obtenían frutos de la tierra, como esfuerzo mecánico y necesario, así también la mujer que daba a luz. Otro vocablo era "proesis", el cual designaba una actividad que no estaba relacionada con el sobrevivir, sino con la creación en cuanto exteriorizaba el ser interior del hombre en una obra que perduraba.

En síntesis, por un extenso período histórico, se hizo una crucial diferenciación entre el trabajo físico que daba cuenta de una naturaleza servil y humillante y el trabajo intelectual que representa la libertad y el espíritu propiamente humano.

Fue con el surgimiento del mundo moderno, el racionalismo, la paulatina multiplicación de la industria, el crecimiento urbano, etcétera, cuando se modificó el concepto en cuestión, asumiéndose la idea de trabajo productivo, destinado a obtener bienes y servicios. A partir de entonces, la riqueza se identificó con trabajo y como factor de la economía. En cuanto tal, constituyó un aspecto de profundo debate conforme se estructuraron posiciones ideológicas de diferente naturaleza: liberalismo, marxismo, social cristianismo, desarrollismo, neoliberalismo, etcétera.

Pero, al mismo tiempo, con la configuración de la sociedad contemporánea, se fue asimilando la serie de significados usados para designar aquellas actividades que el hombre fue ejecutando en la búsqueda de su realización integral y en relación con su entorno, expresando su capacidad creativa por medio de su esfuerzo físico, intelectual o artístico.

Este número reúne una serie de reflexiones de académicos de la Universidad sobre algunos aspectos del tema, y también una síntesis de la exposición realizada por Patricio Meller –quien presidió la Comisión de Trabajo y Equidad–, en reunión del Club Monetario de la Universidad. Por último, se incluye también la Crónica de la Universidad. Las imágenes que ilustran la edición corresponden a grabados e instalaciones de la artista visual Teresa Gazitúa.

Santiago, diciembre 2008